COLECCIÓN LOS ESPACIOS CÁLIDOS

Esta obra —ejercicio de escritura apócrifa de intención estética— acomete la creación de un personaje femenino al cual se le atribuye una biografía y una determinada obra, los tonos de una época, un lenguaje y una cultura. Mariana de Coimbra (1185-1250) nació en Coimbra y vivió en Córdoba y Granada, entre otras ciudades, donde padeció la conquista de la Hispania por los moros, para, finalmente, convertirse de este modo en sujeto de una enajenación y un anhelo. Escritos en versos libres, estos textos poseen una estructura poética que descansa sobre formas de la poesía moderna sutilmente yuxtapuestas al tono, al ritmo y a algunos elementos propios de los mester trovadorescos. Destaca ese lenguaje sereno surgido del equilibrio entre el deseo y el dolor, entre la ausencia amorosa y la humillación de la historia, entretejiendo en esa voz femenina el testimonio de un momento y la expresión de una pasión personal como lugar del ser.

José Jesús Villa Pelayo (1962) es Licenciado en Letras y abogado. Ha ejercido la docencia y colaborado en revistas y publicaciones nacionales. Ha publicado, entre otras obras, *Una hiedra negra para Sashne* (1991), y *Nueva York* (1992).

ISBN 980011077-1

9 789800 110775

30 años

Monte Ávila Editores Latinoamericana

MARIANA DE COIMBRA

José Jesús Villa Pelayo

Monte Ávila Editores Latinoamericana

COLECCIÓN
LOS ESPACIOS CÁLIDOS

Concebida como un homenaje al poeta venezolano Vicente Gerbasi y a una de sus obras fundamentales, *Los Espacios Cálidos* se presenta como una colección de poesía de autores de diferentes países, generaciones y tendencias.

MARIANA DE COIMBRA

José Jesús Villa Pelayo

Monte Ávila Editores Latinoamericana

1ª edición en Monte Ávila Editores, 1999

© Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A. 1997
Apartado postal 70712, Caracas, Venezuela
Telf.: (58-2) 265.6020-Telefax: (58-2) 263.8508
E-mail: maelca@telcel.net.ve
http://www.monteavila.com

ISBN 980-01-1077-1
Hecho el Depósito Legal Nº lf50019988003525

Diseño de colección:
Jacqueline Sanz (Monte Ávila Editores)

Realización de portada y montaje electrónico:
Gustavo González (Monte Ávila Editores)

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

A América Pelayo Odremán,
una madre abnegada.
A Nieves Odremán Da Silva,
mi hermosísima abuela.

He escrito una ingenua supercheria.
Por favor, no me creáis. ¿Quién es
más incauto, el que escucha o el
que narra la historia? En verdad,
*Ossián jamás existió...**

ALGERNON CHARLES SWINBURNE

**(I written an artful fallacy. Please, do not trust me.*
Who is more incautious, the one who listens or the
One who tells the tale? Actually, Ossian did never live...)

Sr. Dr. Edward Malcolm Smith
Universidad de Princeton, Nueva Jersey

En el antiguo arcón de un antepasado sefardí —el rabí Josef Avraham Lopes Da Silva, quien por cierto vivió en esta isla holandesa de Curaçao entre 1872 y 1955— encontré, en medio de algunos papeles guardados aparentemente durante muchos años, algo que bien podría definir como un hallazgo. Se trataba de una serie de poemas escritos en el idioma vulgar de la España del siglo XIII y parcialmente en la lengua de los lusitanos, los cuales evocaban el texto de las Jarchas. El rabí Lopes conservaba entre ellos una vaga relación de la vida y obra de una poetisa nacida en Coimbra por el año de 1185 —durante el gobierno del rey Don Sancho, hijo del famoso Alfonso Henriques, el primero de los reyes de Portugal. Entre sus contemporáneos se le conoció con el nombre de Mariana de Coimbra. Tanto el rabí Lopes Da Silva como el polígrafo y erudito asturiano Manuel Menendes Villa —uno de sus ancestros, nacido en Oviedo el año de 1599— veían en ella a la primera poetisa en lengua vulgar española y lusitana. No obstante, los fragmentos escritos en ese alto portugués resultan escasos y apenas puede apreciárseles con algún detalle. Se conocen tres importantes y hermosos cancioneros que precisan el inicio de la lírica portuguesa culta: el de la Biblioteca Vaticana, el de Ajuda y el Coloci-Brancutti, así como los versos trovadorescos de un tal João de Castro, hallados en algún lugar del Baptisterio de San Giovanni, frente a Santa María del Fiore. Sin embargo, Don Manuel Menendes Villa, en medio de su inagotable andar entre documentos, códices y papeles antiguos, dio con los manuscritos de principios del siglo XIII que Mariana de Coimbra había escrito en Edimburgo. Chesterton la cita en uno de sus ensayos sobre la poesía del juglar español y mozárabe. En *The British Culture*, un historiador inglés, Sir Arthur Chamberlain, aclara algunos pasajes oscuros sobre la

vida de Mariana en el pueblo de York —en cuya abadía benedictina de Santa María se piensa vivió por algún tiempo, y posteriormente en Edimburgo (la ciudad que Edwin de Northumberland fundara durante la edad media). En cuanto a su entrevista con Gotfried de Monmouth —por cuya escritura conocemos las historias del rey Artús— poco sospechamos y apenas arroja una tenue luz sobre la poetisa. De alguna manera, Menendes encuentra los poemas en una vieja biblioteca de York, y descubre que habían sido misteriosamente destinados al fuego por Lord Anthony MacPherson y luego rescatados por su hijo Feston en 1469, según afirma la tradición escocesa recogida en *The British Culture*. Extrañamente, los manuscritos fueron preservados en el anonimato de la biblioteca y más tarde escondidos, celosamente, por el polígrafo español, según él mismo lo menciona en una carta dirigida a Doña Ana María Mendes Da Silva —escritora e investigadora portuguesa de origen sefardí que por entonces vivía en Coimbra. Extrañamente también, los manuscritos originales se han extraviado, como he podido comprobar. El conjunto de los poemas y el códice que ahora os entrego tal vez sean una vana copia o una poco traslúcida traducción al lenguaje del siglo XVI, cuyos signos he intentado descifrar —usando el oficio del polígrafo— y adaptándolos al español que manejo, el español del siglo XX. He decidido enviaros, junto a la carta de Don Manuel, el conjunto de todos estos poemas. Incluyo algunos que, en los textos guardados por el rabí Lopes Da Silva, aparecen escritos por otras manos y cuyo título *El grito del Al-Radi* he intentado infructuosamente descifrar: documento que juzgo fundamental para la cabal comprensión de la estética de esta precursora de las letras españolas y portuguesas. Por tanto, he considerado imprescindible su lectura. A vosotros, catedráticos, os intrigarán y quizás os muevan a alguna profunda o ingenua reflexión. A nosotros, profanos del mundo, acaso logre alejarnos de la agresión que habita la ignorancia. Una nota biográfica importante se halla en los ensayos de Chesterton. La referencia es

explícita: Mariana habría sido raptada en los jardines cercanos a su villa por Abdul Ibrahim Al-Haszám, de quien poco o nada sabemos.

Benjamín Villa III

Willemstaad, Curaçao, noviembre de 1968

SR. DR. EDWARD MALCOLM SMITH
UNIVERSIDAD DE PRINCETON, NUEVA JERSEY

He efectuado un nuevo hallazgo. Se trata de cinco breves cartas que Mariana de Coimbra escribiera en Córdoba —la primera de ellas fechada en 1205 y las restantes en 1206— poco antes de que huyera a tierra escocesa. En elevada medida, revelan episodios ocultos e inéditos de la vida y personalidad de Abdul Ibrahim Al-Haszám Al-Mustad, así como de cierto amigo de Mariana nacido en Coimbra, Don Fernão Mendes, un caballero de la orden de Coimbra de quien se sospecha habría combatido contra los moros y pactado con la corona inglesa, participando así en alguna oscura conspiración. No obstante haber entendido que se trataba de cinco misivas escritas en medio de la desesperación, he podido concluir, con alguna justicia, que poseen la configuración de los poemas en prosa. Las he colocado en una valija y os las envío. Mariano Açevedo Baes —un amigo e historiador brasileño nacido en Porto Alegre— ha dicho conocer los versos de Mariana desde hace mucho. De ser cierto, ello probaría la existencia de otros códices o quizás de algún otro documento en el cual se encuentren. Açevedo Baes aún no ha probado tal afirmación. Sin embargo, ha conjeturado que la

inquietud de los días vividos en Córdoba habría concedido a los versos de Mariana el acento trágico y místico que los acompaña.

Benjamín Villa III
Willemstaad, Curaçao, enero de 1969

Doña Ana María Mendes Da Silva,
Universidad de Coimbra, Portugal.

Estos son los versos que Mariana de Coimbra le entregara al entonces muy famoso y ahora olvidado Gotfried de Monmouth durante el invierno del año de nuestro Señor de 1210 y de cuyo hallazgo, en una antigua biblioteca de York, en 1643, hoy me ufano con temblor. Los he guardado, con algún celo, por más de cinco años. Mariana había vivido en Escocia, en aquellas islas brumosas que algunos poetas —ahora detenidos en el destierro de la memoria— cantaran; junto a la umbría imperfección de Edimburgo, entre 1208 y 1250 —año de su muerte— en medio de un oscuro y eterno desarraigo. Evocando una tierra desdibujada por la guerra. Evocando una Córdoba espléndida y tormentosa, en la que moraría —en algún alcázar— durante cinco largos años. Mariana habría entregado en manos del poeta inglés la obra de un pueblo, la memoria de un tiempo vivido absurda y dolorosamente: el tiempo de sus días. Algo así como la especie de biografía personal e histórica que suele rayar en la agonía. Allí habría terminado unos versos cuya inspiración, hoy se sospecha, provenía de los días de aislamiento en Córdoba, ciudad al sur del Al-Andalus. Se trata y se habla en ellos del amor y de la guerra como una revelación de la plenitud de la destrucción, y del existir. De un alma mística. Empero, los días de la Hispania conquistada ya han transcurrido y con ellos también el ruido de las armas y de las hojas de un invierno equívocamente pálido e infructuoso, de un mundo inclinado y dilatado hacia el África noroccidental y hacia el Oriente. Se trata de la primera poetisa de su país.

Don Manuel Menendes Villa
Granada, veinte y cinco de enero de 1651

I

Menina dos olhos verdes,
porque me não vêdes?

Luis de Camões

CANTO I

Me despierta el nimbo insensato
que habla en tus labios del artilugio de las horas.
(1205)
Al-Hurr ben Abd Al-Rahman Al-Thagafi.
Sin embargo,
el cielo desciende hacia el círculo
menos críptico, menos sereno,
de la antigua montaña
e invade el escudo.
Al-Hurr ben Abd Al-Rahman Al-Thagafi.

CANTO II

He sido raptada por el alarido de un *muezzin*.
He sido raptada por alfanjes de piedra,
por la serenidad de hojas salvajes.
Y aun así me creéis. Y aun así osáis contemplar
mi condena, mi azul, mi risa torturada.

CANTO III

Abdul Ibrahim Al-Haszám Al-Mustad Ben Yusuf:

La muerte es mi camino, el templo del azahar,
la colina mil veces maldita por el Creador.
Mi camino es traducir mis días,
alojar en mi patio una sonrisa,
contemplar la estridencia
de un insípido Tahalí meridional,
detener la humildad de mis antiguos pasos
y marcharme.

CANTO IV

Detesto el rostro de Abdul-Ibrahim
y los truenos de la noche.
Detesto el arco de su voz,
su insípida alegría, su vacilar
ante la debilidad.
Detesto el primer día
ante el cortejo de los príncipes,
la luz de una almunia que me arrebata,
la galería de azulejos
en el corazón de los hijos
de Jebel Al-Tarik,
el primer día de Coimbra,
la podredumbre
de esta calle afilada hacia la sierra.

CANTO V

Me aturde el esplendor del pozo
en esta inclemente noche de Córdoba.
Me aturde la colina que gira hacia el sur
—junto a la muralla occidental—
Me aturde el abrigo de un candil al fin muerto,
la risa del alféizar en la puesta de sol.
Me aturde el presagio del alcázar,
la imprecisa claridad de una antigua luz,
Coimbra,
el argento de los arcos,
el oro en alguna espléndida taifa,
el velo de los ríos
que viajan hacia la alcoba.

CANTO VI

El sepulcro espera un cuerpo, un círculo desnudo,
una hoja mutilada, alcanzada por el cielo,
la escueta sonrisa que ha modelado el Emir,
la escalinata invertida,
la bifurcación;
la mejilla llana, dispuesta a quebrarse;
las manos inquietas por el transcurso
de mil años de golpes.
El sepulcro espera un nombre
que he protegido en un pequeño ciprés.
Perturba mi silencio.
El sepulcro espera el día:
un círculo desnudo
que obedezca a las piedras.

CANTO VII

El malabar hechiza la montaña.
Ha sembrado algún abrojo junto al río.
Me grita: «Infiel», en el azul de la hoja
de la espada. Me grita: «Un infiel en Astur»
blandiendo el entrecejo hacia el cielo.
El malabar hechiza la montaña
mientras permanezco inmóvil
—en el vacío de alguna delgada cornisa—
mientras temo todos los días
el rostro sarraceno del ejército.
He propuesto una señal.
He levantado, en mis manos,
una comarca perseguida por los ríos de África.
Me grita: «Un infiel en Astur» con toda vehemencia.
Y me condena, estúpidamente,
a la temeraria insensatez de la muerte
junto al azur de la gruta.

CANTO VIII

La montaña es alta, blanquecina,
Tarik Amed Al-Josué.
Me destroza con su dolor
—junto al inmenso alcázar
que hace peligrar los días de Covadonga—
Me observa con la intensa tristeza
de la rodela del sarraceno,
con la inquieta llovizna de sus labios.
Me habla de la rosa,
del alfanje que eleva su inusual tesitura
al horizonte o al cielo.
De un grito
que pronuncia el rojizo velo de Coimbra.

CANTO IX

Brial, arrebol, saya, toca.
Mi muerte.
Mi luto por los días de agonía
—agua eterna de rosas rojas en mí—
Vestida en un sueño, alta como el blanco,
evado una sonrisa en la oscuridad,
ceñida serenamente a la noche
por el escudo de algún infante aragonés,
por el celo del batallón
antes de mutilarme.
Brial, arrebol, saya, toca.
Augusto Flavio Tulio Marcelo
—el nombre de la cabalgadura de Roma—
¿Mi esplendor de Hispania?
Eu choro-te agora: a rua branca
de meus sonhos infinitos.
Eu choro-te agora: a cantiga
que falas-me da chuva.

CANTO X

Me asusta el tedio de las torres,
las manivelas de Oriente,
el vacío de urín,
el arcón de ámbar.
Entretanto,
camino en medio de las álagas,
aturdida,
visitando el sepulcro
durante las horas del cielo,
en Córdoba
—la serena cripta de mis días—

CANTO XI

La noche es profundamente oscura,
Fernão Mendes.
Apenas se revela
en medio de un improbable círculo de luz,
en algún día semejante a la muerte,
en alguna silueta obstinada,
empeñada en no morir. *Et enim.*
Acaso en algún penoso velo nacarado,
en medio de los malabares de mi alcoba.
Te escribo,
bajo el desafiante espejismo de la luz,
junto a una rosa nimbada por el miedo,

creyendo súbitamente en ti, en Coimbra,
en la ingenua imagen de un azur
bajo algún detalle del cristal,
bajo el negro,
en los matices de Asturias.
Probablemente
en el hogar de los pabellones del Guadalquivir.
En el Al-Andalus. En mí. *Ex quo fit ut.*
Creyendo en Don Alfonso Henriques,
mi rey.
Sin embargo,
hoy bajo de lo alto de la cumbre
y pienso en ti,
en aquella inestable claridad
que acompaña tus ojos
en días vacíos.

Medito por ello en una comarca
que presiento,
en unos ojos gastados, en unos labios
ahora eternamente extraviados en el fuego,
en una mirada perturbada por la algarabía,
en el atroz porvenir de Coimbra,
en mi emblema, en mi desvarío,
en un hogar que ha sido sojuzgado por la ironía.

Quería hablar en alta voz,
escribir durante toda la noche
y extraviar mi corpiño en algún aroma
que evocara en mí un día remoto.
Un día detenido en el verde, en lo aciago,
frente a un campo
al fin visto por mis ojos;
en la voz del albatros desde el Duero.
El porvenir es un emblema, Fernão Mendes,
una señal de la oquedad.
Huir es un hechizo.

Sin embargo,
Lisboa cae con sus torres,
agobiada por la tristeza,
por el contraluz de toda voz,
por la torpeza de los caballeros de Coimbra,
por el sol de África durante la tarde.
Tal vez
el joven sarraceno me ataque,
me seduzca bajo la orden del alfanje.
Tal vez
me acose
el invariable relato de la masacre de las rosas
—pálido, en mis labios—
como los antiguos sueños de Coimbra.

II

E doncas ieu qu'en la genssor entendi
Dei far chansson sobre totz de bell'obra
Que noi aia mot fals ni rima estrampa.

ARNAUT DANIEL

Mis encajes, sometidos al vacío,
alterados por la incierta soledad
de este sol del Oriente.
—1203—
—1205—
Infructuosamente,
me oculto en el sigilo del trasluz,
bajo mi miedo,
lejos de tu rostro, Abdul Ibrahim.
Mi cabello dormido,
de cara al viento
(con su perfecto atavío para la adversidad).
(*As estrelas mortas da noite morta.*)
Enfermas por el misterio
de las alas enfermas de la catedral,
del inseguro reclinatorio.
Entretanto,
sigo la risa de tus labios en mis labios.

Me he entregado al exilio
en este alcázar infinito,
a una leve inconsistencia que se arrastra sobre mí
en estos días oscuros.
Me he entregado al sueño,
a aquellas agujas
que disimulan mis días en Granada.
Os meus problemas. Os meus entornos.
Me he entregado a imaginaros
—tendida sobre un camino conquistado—
sobre las rosas muertas e inquietas de la Alhambra,
sobre la eternidad de la montaña que me vigila.
Os meus problemas. Os meus entornos.
Me he entregado a vuestras alas,
pacientemente, para morir;
para meditar en las ironías
de un atardecer que me alcanza con su furia.

Mi silueta se desvanece
en el amor de estos días de mayo.
Ya no soporta tu alegría
en este hogar mío de vanas armaduras.
Mi voz se desvanece
en el amor de estos días de mayo.
Ha conocido la derrota:
un sendero de fuego
que habita en medio de las ventanas
—a imperfeição da minha eternidade—
Dios ha conocido mi andar:
la infinita pesadumbre
de una rosa hoy postrada en el cadalso:
una esfera que tramo en mi hora de muerte:
sobre la hoja que mutila mi vestido
de Asturias,
de judías dispuestas para la masacre.

Os meus dias passan,
inadvertidos, silenciosos.
Os meus dias avançan
perfectamente insostenibles.
Y me detengo ante ellos.
Y sesgo los escondrijos
que guardan mi tiempo
y las serenas noches de Coimbra.
Recordad:
la opacidad de la luz
aún es insostenible,
así como el lado norte de los Pirineos.
Más allá de estas noches estériles
os meus dias avançan
sobre mí, inexplicablemente.

Y encuentran mi cabello
hablando de horas inútiles,
de otros días por venir,
del cielo emboscado
por la lluvia de los días de enero.

He olvidado la montaña de Jebel Al-Tarik
—un inerme espacio que me ahoga
uma celeste e incerta manhã—
asesinada
por las hojas de la adelfa,
por el rostro solitario de la anarquía.
Tal vez por el fuego que late en el cielo
junto a mis brazos
—en la virginidad del doblez de la ira—
—en el repiqueteo incesante en el timón del arca,
en la faz de la acera—
—en el infeliz epitafio cerca de la roca—
—en el imprevisto incendio de Gibraltar—

O agora: na rua da morte.
O agora: nas mãos do meu Deus o rei:
no meu vazio sem vazio.

Me has descubierto:
yo era sencilla
bajo mis manos sencillas,
bajo mi piel airada
—la mirada atenta hacia las catedrales,
las alas cubiertas por la ceniza del oro—
Entretanto,
te sientas ante mí como un niño
—durante una insegura noche de Córdoba—
y describes un mundo que me pertenece:
la silueta de unos labios imposibles,
el misterio de una ciudad vacilante
y la dilatada pesadumbre de un baharí
en la alta voz de mis entrañas.

A tempestade:
se yergue ante mí
como la ceniza que me acecha, inclemente,
desde el desierto, desde el oriente,
desde santuarios que han sido abatidos
por ingenuos alarifes;
desde la muerte misma;
desde el absurdo salto de los niños
en el resplandor del Guadalquivir;
desde el atardecer cabizbajo, insomne;
desde el camino que guarda mi soledumbre
bajo las alas del candelero
de los cien años;
desde la angustia de los días de angustia.

El invierno ha crecido lentamente
y con él su furia
y con él su tormento.
Por tanto,
contemplo las ruinas de mis manos
tristemente hundidas
bajo el aire de estas cansadas colinas,
junto a las violetas del Guadalquivir,
junto al muro de las cien puertas
—durante la primera hora del día—
Desde una Lisboa ahora marchita,
desolada.

El horizonte se ha agostado ante mí
con su infortunio, con su inesperado resplandor
—infeliz,
obediente a la conquista,
a la pesadumbre de la debilidad—
Declaro la derrota
de los miles de hombres que han muerto.
Matadme ahora:
entretanto descanso,
entretanto mis azulejos asesinan el cielo.

El invierno ha crecido lentamente
y con él su furia
y con él su tormento.
Por tanto,
contemplo las ruinas de mis manos
tristemente hundidas
bajo el aire de estas cansadas colinas,
junto a las violetas del Guadalquivir,
junto al muro de las cien puertas
—durante la primera hora del día—
Desde una Lisboa ahora marchita,
desolada.

El horizonte se ha agostado ante mí
con su infortunio, con su inesperado resplandor
—infeliz,
obediente a la conquista,
a la pesadumbre de la debilidad—
Declaro la derrota
de los miles de hombres que han muerto.
Matadme ahora:
entretanto descanso,
entretanto mis azulejos asesinan el cielo.

III

Gares yes debina
e debinas bi-l-haqq?
Garme kánd me bernád
mio habibi Ishaq.

ANÓNIMO

I

El ejército ha extraviado su vigor en mí,
en la colina salvaje,
en la sangre de los heridos junto al arrecife,
en la punta de lanza de las torres encantadas,
en la calle que ha sido sofocada desde el miedo
—Martín Gonzalo Hernández Calatrava,
Enrique Martín,
Gonzalo Martín Hernández Calatrava—
—habitante del frío—
¿La muerte de un hijo en una noche de marzo?
Enrique Martín Hernández Calatrava,
tu voz herida por un alfanje.

Al fin,
un sendero hacia la luz de tus manos
Enrique Martín
—habitante del frío—
Abdul es un día.
Abdul es una montaña
que me aturde,
que me llama desde el Mediterráneo,
desde el pórtico de las mil rosas insensatas.

II

La cabalgadura es atroz,
así como la esperanza de la caballería
y el rumor de los tamboriles
tras la niebla.
¿Acaso como el tiempo
que desangra la indescifrable plenitud
de las escrituras de los laberintos, del agónico zéjel?
¿La muralla de Abdul en la puerta de Abdul?
La cabalgadura es atroz
tras la muerte del ejército,
del estandarte de los caballeros de Coimbra.
Mayo es algún mes lacerado en tu boca

—un sendero
que me entrega al Oriente,
algún inesperado holocausto
que me persigue—
Mayo es algún mes
lacerado en la comisura de tus labios,
hoy abyectos, hoy tristes.

III

Ha muerto la rosa, Muza Ben Nosair,
y el aduar de las noches de agosto
alrededor de la noria del ejército.
¿Las calamitas de octubre en octubre?
Ha muerto la rosa
y su pálpito inmutable.
Por tanto,
he anhelado la muerte, la candidez de la agonía
aún más que la cantiga del triunfo
—en el badián de la muralla de Abdul—
Quizá Córdoba. Quizá Toledo. Quizá Coimbra.
Quizá la alabarda exhausta, blanca,
sobre la ciudad,
en mis manos temblorosas,
en mi voz temblorosa.

IV

Matadme ahora
(el malabar se desvanece en mis manos).
Por tanto,
me refugio en la incierta luz
de unos días inciertos,
en el velo de la inocencia,
en el edicto que destroza mi ejército.
Matadme ahora:
durante las horas de lluvia,
durante los días de júbilo
que el duque de Spínola ha decapitado
para mi deleite.
Mi rostro
abandonado, ante el muro del sol,
ante la cúpula que guarda mi muerte

Sheik-Al-Albarracín.
Por el Duque de Spínola.
Por la rosa tramada en la agonía
y mil veces condenada al fracaso.
Alzad la hoguera.
Mutiladme
(la conciencia en el malabar es imposible).

V

Mi mano te conoce.
Mil veces te besa
bajo una hermosísima canción de noches desesperadas.
Te habla del halcón. Del Carcaj.
De unos ojos aturdidos ante mí.
De la sencilla luz de la espada.
De la victoria.
De un día preparado
para cobijar y conquistar el dolor.
De la ventisca
que hoy engendro para besarte.

VI

La perfección es sencilla e inocente,
semejante a la tierra de los reyes.
Sin embargo,
condeno los días de triunfo y acaso la alegría.
(La Alhambra es semejante al azahar,
al imposible baldaquín.)
Por ello preveo la inopinada fatiga de las rosas
en alguna otra campiña.
¿La tristeza de mayo en mis labios?
He elevado mi voz hacia aquella ciudad.
He gritado: «Libertad».
Amed Alí Al Josué. La palabra del cielo.
¿Me señala la caballería del rey,
el yugo de la puerta de Abdul?
He condenado esta ciudad al alarido
—a mi alarido—
a las persistentes canciones de octubre.

VII

Queríamos destruir el cielo,
procrear el eterno destierro de la criatura
—en la medida del cielo—
por huir del grito del Al-Radi
con las monstruosidades de la catedral a cuestas,
bajo las sombras de los frontispicios.
Queríamos destruir el cielo de las águilas desgarradas.
Sin embargo,
el atardecer os movía a una infamia.
¿Decapitar la luz ante la inmovilidad de la luz?
Os mostraré estas ruinas
—mi deleznable escondrijo de Granada—
lentamente, hacia el escarpado de las rocas.

VIII

¿Dónde se hallan
las moradas de la muerte:
las ingrávidas lápidas
que ya no soportan el peso de la luz?
¿La luz del azahar en mi almunia?
Entregadme vuestros escudos
ante el sonido de las campanas.
Entregadme el silencio del gemir del palacio
de los Emires de Córdoba,
los vanos anillos de la muerte,
los cobardes vacíos de la ineptitud,
la inmediatez de mi córdida.
Entregadme
las perplejidades menos vivas de la inmortalidad.
¿Podría alcanzarme con su difícil fuego?

¿Podría alzar su voz en el alminar,
ante la voraz e ingenua boca de los lamentos?

IX

Me ha cubierto la ceniza,
la imprecisa e impredecible nube
que flota sobre mi cabeza
en estos días de fiesta,
en este día de cansancio.
Sin embargo,
me observas gritando a las nubes
que inesperadamente marchitan
este día de julio.
Me observas
intentando ocultar mis huesos bajo tus manos
—en las manos del ejército—
una noche cualquiera.

Entretanto,
el cielo ha decidido que yo,
tras la noche de la danza,
descubra tu velo
y marche hacia el cansado rostro
de mis hermanos
Jeoshua Isaac Joseph Jeoshua Ben Joseph.

X

Os dias de louro.
Os incontávels dias de louro.
Y mi mirada,
extraviada tras las escalinatas de la abadía,
tras sendas absolutamente insostenibles,
tras las ingenuas e inermes cavidades
que tiemblan sobre vuestros yelmos,
que os detallan con lentitud
alterando la insegura esfera del cielo
y la exangüe mirada de mis ojos.
Os dias de inverno.
Os dias inútiles do mondo inútil.

IV

Donna mi priegha
perch'i volglio dire...

Guido Cavalcanti

I

Abdul ha querido la serenidad de mis noches. Ha querido besarme mil veces, aniquilarme con su risa, con su feroz e ingenuo rostro. Ha hablado de los reyes, de un secreto que guarda con celo bajo su almohada. Ha hablado de los versos de un antiguo Emir de Toledo. Ha conquistado la ciudad con el auxilio de una hueste meridional. Ha acordado asesinarme. Ha acordado reír, hasta el fin, de los días de la tierra. Me ha condenado a la virtud, a una castidad falsamente buscada, a la burla de las hijas de Taifa, a la soledad de la muralla occidental, al tedio de las noches solitarias de este exilio. Ha hablado de los reyes de Asturias, de los fatuos castillos de Provenza, más allá de las montañas de hielo que limitan las fronteras de los castellanos. Ha hablado de tierras muy lejanas, de la conquista de la ciudad de los santos, de un caudillo oriental que ha humillado a los reyes de la Tierra, de la estupidez de Occidente, del pensamiento frío e inconsistente de nuestros hombres. Su torpeza es menos evidente en su poesía. Aun así, Abdul me ha señalado para la muerte.

Mariana, Córdoba, mayo, 1205.

II

Me asusta el secreto de Abdul Ibrahim. Me asusta esta noche sitiada por castellanos. Me asusta la Coimbra que he dejado atrás, en el sueño. Me asusta el ruido de los alfanjes, tan cerca. He escuchado el silencio de un día cualquiera. Pero hoy, el silencio invade el recuerdo. Fernão Mendes creía en el sol de Coimbra mientras el cielo concluía su ciclo y en las pretensiones insólitas de reyes ingleses. Ha conspirado contra la injusticia, contra sí. Ha creído en reyes inocentes y en farsantes. Ha ataviado sus días con la infidelidad. Le he escrito durante la temblorosa imagen de esta noche, junto a un candil pequeño y tal vez útil que recuerda el orden de los días gobernados por el equilibrio. Mi país es un vano escondrijo, el principio de la mutilación, mi jardín. He escrito otra carta, sentada frente a algunos papeles tan perfectos e inútiles como los gritos del *muezzin*. He decidido huir. Abdul piensa en las rosas con absoluta firmeza, con la gracia de los sarracenos durante las evocaciones de la almunia. Abdul aún cree en los reyes. Tonto. Sin embargo, todavía me vigila.

Mariana, Córdoba, abril, 1206.

III

He querido huir de Córdoba, encontrarme en medio de una predecible y absurda evocación. Mutilar este día: mutilar el huidizo sol de esta ciudad. Sin embargo, he comprobado ser el recuerdo, puro, íngrimo, y en elevada medida la inmovilidad. He querido entender por ello la orden del alfanje, la aparente humildad de Abdul Ibrahim, su falsa hipocresía, las ruinas de este palacio, los arabescos heridos por la opacidad de la luz de todas las mañanas, las ventanas que observo desde este pedestal. He querido llorar con alguna humildad y preservar los emblemas de Coimbra. Pero mi estupidez es absurda, acaso inocente. Abdul Ibrahim piensa en las tierras del norte, en regiones inaccesibles. Se dice a sí una mentira. Se conoce tan poco. Desdice sus días. Desdice las palabras que ha engendrado con absoluta certeza. Entretanto, el alminar se desplaza entre la tristeza y la soledad, entre el vacío y la desesperanza.

Mariana, Córdoba, enero, 1206.

IV

He descansado durante la tarde, durante una pequeña eternidad, en esta almunia: un espacio que me ahoga, que me pertenece, que ha intentado vanamente asfixiarme con su risa. La almunia es un palacio coronado por relieves de oro, por un orden ancestral, por la imperfección de una callejuela de piedras que gira hacia un patio interior y obsceno. Ha cedido su luz a otro jardín más al sur, desterrado de la casa. Me he preguntado por su destino. El jardín ha prodigado su temeridad, su encanto. Por ello, el palacio continúa en mi pensamiento tal como lo descubrí el primer día. El príncipe de Toledo reía entonces junto a un inapreciable sueño de gloria. Veía en el pueblo un medio, no un fin. Por tanto, yo lamentaba la existencia de los príncipes. Y me decía, con orgullo, una palabra que deseaba escuchar. Creía en el espejo. Ladeaba entonces los brazos hacia la cima de la montaña, pretendiendo alcanzar la estatura de la sierra desde una fuente protegida por columnas que hablan de las primeras victorias de los sarracenos. La almunia toma mis manos y el malabar que he modelado en el vacío de una esquina guardada por la débil luz de un olivo. La niebla, sin embargo, conduce el huerto hacia una esfera que he decidido olvidar. Fernão Mendes olvidaría aquí la conjura, el presagio.

Mariana, Córdoba, marzo, 1206.

V

Los días se hacen pequeños, tristes. Sin embargo, me he refugiado en el sonido de los cántaros desde el otro lado de la calle, desde las gravas de la puerta de las manivelas. Me he refugiado en tu voz, Fernão Mendes, en el sol que despierta la neblina de la calle desde temprano, en la sencilla contemplación de un reloj oriental que vigila la última puerta de la alcoba, en la fuente que me habla de Coimbra, del Duero. He intentado por ello descifrar los ornamentos, cavilar sobre los signos que el Emir ha hecho labrar en las celosías. He pensado en las noches de Jebel Al-Tarik, el primero de los príncipes. He pensado en una cornisa que se debate entre la soledad de una breve rosa de Almería y una especie de escalinata que conduce a un azulejo asturiano. He guardado la celosía y un puñal bordado en hilo de Lisboa. He pensado en ti otra vez. He querido detenerte. He querido hablar de mis días, de mis noches, del reclinatorio. He querido acceder a una imposible demanda. He fraguado una estrategia en el malva de la estela que cubre la mesa, junto a algún libro que recuerde la noche de los lirios que el rey celebra durante la primavera. He guardado un gesto aturdido por la orden de Abdul. He guardado otro secreto: el bosque, el desembarco, la traición que obedece a tu risa, la inconsistente vestidura de las córdidas en el mes del augurio. He guardado la daga para alguna noche apenas perceptible. He preparado el instante tras el olivo de la segunda muralla y la esperanza que he de entregarte cuando regrese.

Mariana, Córdoba, abril, 1206.

V

I

As premunicãos de outubro
aprisionan-me (como as cancãos da noite).
Os meus pensamentos quebran-se
pelo frio, pelo cansaço, pela angústia.
As mágoas do campanário,
as mágoas do Emir,
as mágoas do nascimento das rosas.
Mas eu compreendo o primeiro dia.
Compreendo a adversidade desta cela,
deste inverno terrível.
Minhas mãos, contudo,
confunden as pessoas, as tristezas, a valentia.

Minhas mãos confessan o tédio,
a desesperanção.
Confessan a torre, os celibatários aromas
do tempo passado, as tradicãos,
Coimbra,
o porto dos malabares,
o Mondego
que o desfiladeiro destroça.

II

Eu quero cantar este dia
porque a história recorda-me.
Lembra-me um futuro muito lejano,
tão distante.
Lembra-me umas mãos gentiles,
uma terra magnífica.
Umas mãos amávels tocan-me.
Umas mãos do inverno.
Mas eu sou as distâncias,
as palavras, as conjecturas.

III

Edimburgo deprimi-me com seu frio,
fala-me da honestidade, fala-me da esperança.
Dize-me um recordo.
Fala-me das altas terras, dos meninos,
das conversaçãos dos homens.
Dize-me: «O tempo é inútil».
As cantigas perden-se no assombro,
perden-se nas queixas do muezzin.
Abdul é a distância perfeita,
é o tempo obscuro,
é uma Córdoba febril e inocente,
como meu corpo.

IV

Quero falar eternamente,
conseguir o céu, alcançar o tempo futuro,
pertencer aos carros do fogo, ao olivo selvagem.
Quero falar mais lentamente,
olhar os estribilhos, os poemas da claridade.
Eu quero ver as perfeitas miradas dos meninos
desde meu reclusão.
Quero tocar-te alguma vez, algum dia,
no céu.

ÍNDICE

Sr. Dr. Edward Malcolm Smith
Universidad de Princeton, Nueva Jersey 1

Sr. Dr. Edward Malcolm Smith
Universidad de Princeton, Nueva Jersey 3

Doña Ana María Mendes Da Silva
Universidad de Coimbra, Portugal 5

Parte I

Canto I 11
Canto II 12
Canto III 13
Canto IV 14
Canto V 15
Canto VI 16
Canto VII 17
Canto VIII 18
Canto IX 19
Canto X 20
Canto XI 21

Parte II

Mis encajes, sometidos al vacío 31
Me he entregado al exilio 32
Mi silueta se desvanece 33
Os meus dias passan 34
He olvidado la montaña de Jebel Al-Tarik 36
Me has descubierto 38
A tempestade 39
El invierno ha crecido lentamente 40
El horizonte se ha agostado ante mí 41

Parte III

I. El ejército ha extraviado su vigor en mí 47
II. La cabalgadura es atroz 49
III. Ha muerto la rosa, Muza Ben Nosair 51
IV. Matadme ahora 52
V. Mi mano te conoce 54
VI. La perfección es sencilla e inocente 55
VII. Queríamos destruir el cielo 56
VIII. ¿Dónde se hallan...? 57
IX. Me ha cubierto la ceniza 59
X. *Os dias de louro* 61

Parte IV

I. Abdul ha querido la serenidad de mis noches 67
II. Me asusta el secreto de Abdul Ibrahim 68
III. He querido huir de Córdoba 69
IV. He descansado durante la tarde 70
V. Los días se hacen pequeños, tristes 71

Parte V

I. *As premunições de outubro* 75
II. *Eu quero cantar este dia* 77
III. *Edimburgo deprimi-me com seu frio* 78
IV. *Quero falar eternamente* 79

Esta edición se terminó de imprimir
en el mes de enero de 1999
en los talleres de CORPORACIÓN BELMONT, C.A.,
ubicados en la Zona Industrial Santa Cruz,
Av. Zulia, N° 14. Guarenas, Venezuela.
Impreso en papel Premium.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

SUEÑO DE LA PALABRA
Reyna Rivas

LEGADO DE SOMBRAS
Rowena Hill

SENSACIONES
Gregorio Bonmatí